

There are no translations available.

Autor: Charles J. CHAPUT, arzobispo emérito de Philadelphia

Cuando la senadora Dianne Feinstein interrogó a la candidata a la Corte Federal de Circuito y ahora a la Corte Suprema, Amy Coney Barrett, hace tres años, se preocupó de que **«el dogma vive firmemente dentro de usted. Y eso es preocupante**

».

Dados los obvios prejuicios de la senadora, debería estar preocupada. La historia de la vida de la Sra. Barrett sugiere que **realmente cree y busca vivir lo que su fe católica enseña**. Peor aún, tiene un intelecto excelente, un profundo conocimiento de la ley y un excelente historial como jurista. En otras palabras, es una pesadilla para cierto tipo de tribu política.

Dejemos a un lado por un momento a la senadora Feinstein con su vulgar estilo «no sé nada». Después de todo, no está sola en su intolerancia. **El desdén por las convicciones religiosas vigorosas, especialmente las católicas, es un virus que anda por ahí**. Parece infectar a varios senadores demócratas, incluyendo a la senadora Kamala Harris, colega de Feinstein en California y nominada a la vicepresidencia, que vio el peligro inminente en esa peligrosa conspiración nacional conocida como los Caballeros de Colón.

Las palabras de la senadora Feinstein nos ayudan a ver claramente **cómo algunos en nuestra clase política ven ahora a los católicos que son más que meramente «nominales» en su fe.**

Es

cierto que cualquier bautizado como católico es, de hecho, católico. A los ojos del Partido Demócrata, eso no es un problema. Si te fotografían piadosamente con las cuentas del rosario en oración, aún mejor.

La lealtad cultural de muchos votantes católicos a un partido de la clase trabajadora que alguna vez fue muy católico desaparece con dificultad,

sin importar cuán diferente sea ese partido hoy en día. Como funcionario electo, puede incluso recibir un premio de una institución católica importante. Pero

si eres el tipo de católico que busca disciplinar su vida en torno a las creencias católicas sobre el matrimonio y la familia, la libertad religiosa, el sexo y el aborto,

bueno, eso es un asunto diferente, como descubrió el congresista demócrata Dan Lipinski

cuando su propio partido lo dejó tirado en unas primarias a principios de este año. En las inmortales palabras de Bill Maher, una mujer como Amy Coney Barrett, independientemente de

sus credenciales profesionales, es sólo «una loca [ndr:taco, insulto]».

En una época de cordura, este tipo de ataques, más apropiados para escribirlos en una pared de baño público que para un discurso en una nación de leyes, serían vistos como repugnantes. Pero **no vivimos en un momento de cordura**, como las Sens Feinstein y Harris, y el Sr. Maher, han demostrado claramente.

Los católicos de este país se pasaron más de un siglo luchando por abrirse camino en la cultura dominante de América. El costo ha sido alto. En la medida en que **los autodenominados líderes políticos católicos son indistinguibles** en sus puntos de vista y acciones de sus colegas sin ninguna fe, **el costo ha sido demasiado alto.**

Millones de católicos han servido y muerto defendiendo esta nación, sus libertades y sus instituciones. En el último siglo, todos los capellanes militares premiados con la Medalla de Honor eran sacerdotes católicos. Una política de pluralismo democrático requiere que las diferencias de creencia sean respetadas. Los católicos no pueden, y no esperan, que aquellos con convicciones diferentes estén de acuerdo con sus creencias religiosas. Pero **los católicos demandan con razón civismo y respeto por las enseñanzas de su Iglesia**, especialmente de un Senado supuestamente informado por un espíritu de servicio a toda la nación.

La hostilidad de hoy en día hacia aquellos que apoyan la enseñanza católica debería preocupar a todos los católicos practicantes y **a cualquiera que valore la Primera Enmienda.**

Si los ataques a la creencia son un estándar aceptable para impugnar a los nominados judiciales hoy, entonces mañana se aplicarán al resto de nosotros que apoyamos las enseñanzas de nuestra fe. Lo que ha estado sucediendo en las audiencias de confirmación del Senado y en los debates públicos sobre los nominados judiciales es un **presagio de futuros ataques a la propia Iglesia y a cualquier católico que sostenga de forma perdurable su testimonio moral.**

En la última década, hemos visto a la Iglesia Católica, y a muchos de sus ministerios e instituciones, señalados como objetivos específicamente por razones de sus creencias.

Aquellos que valoran nuestro derecho a la libertad religiosa de la Primera Enmienda deben darse cuenta que cuestionar las creencias es un ataque a la libertad religiosa. Y **considerar a los católicos disidentes como «americanos comunes» y a los católicos creyentes como «extremistas»**

- una técnica actual de guerra cultural común y completamente deshonestas -

es una afrenta particular al libre ejercicio de la religión

. Pone en riesgo los derechos de muchos más estadounidenses de los que serán nominados para la Corte.